

LA MUERTE EN LA POESÍA POPULAR MEXICANA

Aquí está mi corazón
para que lo hagan pedazos,
porque me sobra valor
de recibir los balazos.

*

La noche que la mataron
Rosita estaba de suerte:
de tres tiros que le dieron
nomás uno era de muerte.

*

Viene la muerte luciendo
mil llamativos colores;
ven, dame un beso, paloma,
que ando huérfano de amores.

ESTA ACTITUD ante la muerte, que indica o un desafío o una gran familiaridad con ella, no es privativa de la poesía popular sino que aparece en otras manifestaciones del folklore mexicano. Entre los juguetes populares encontramos títeres en forma de esqueleto o máscaras que representan una calavera; algunas figuras decorativas muestran a la muerte con vivos colores pues se trata de un personaje alegre, y así vemos un muerto que sale de su tumba, o una orquesta de música moderna en la que los músicos son esqueletos, o una pareja de novios formada por osamentas que llevan el traje de boda. A la fiesta cristiana dedicada a los muertos los primeros días de noviembre se une un gran número de manifestaciones populares de tipo pagano entre las cuales se encuentran: comer "pan de muerto", pan decorado con figuras que representan huesos, o fabricar dulces en forma de tumbas o de calaveras muy adornadas; estas calaveras se regalan como muestra de amistad con el nombre del agasajado escrito en la frente y se comen como golosina. El léxico mortuorio es muy rico y posee una gran vitalidad; en él destaca también el carácter festivo de la muerte.

Hay que recordar que México surge del choque cultural entre el mundo indígena y el hispánico y que dos concepciones distintas del mundo y de la vida entran en el mestizaje psicológico del nuevo pueblo. Esto es particularmente interesante en relación con la actitud ante la muerte.

La idea cristiana de la muerte da a ese momento un significado tras-

cidental: toda la vida se prepara para ese instante supremo y el temor al más allá está siempre presente.

En el mundo indígena la muerte no se concebía como un suceso doloroso sino que se recibía con alegría. El paso de la vida a la muerte significaba el tránsito a una nueva vida en la que el muerto se transformaba en dios. La vida se prolongaba en la muerte y ambas eran, a la vez, símbolo de lo perenne y de lo perecedero. La muerte así representaba la inmortalidad de la vida en una constante resurrección.

Actualmente las manifestaciones populares acerca de la muerte no corresponden a ninguna de estas situaciones. Hay una actitud irrespetuosa, de familiaridad y de reto y esto se refleja en la poesía popular mexicana que tiene como principales manifestaciones la canción, formada por estrofas independientes entre sí, y el corrido, que es la narración de un suceso trágico que relata las hazañas de un hombre o de un grupo de hombres.

Un aspecto muy importante de las canciones y los corridos, en relación con la muerte, es el machismo. El machismo mexicano es una característica psicológica que lleva al hombre a manifestarse siempre como "muy macho". Hay en él la necesidad vital de aparecer como un hombre valiente y ser el mejor y el primero, por lo cual desafía a todo aquel que duda de su valor; para probar que es valiente no le importa morir, lo que no puede aceptar es que alguno llegue a pensar siquiera que él tuvo miedo.

Dentro de las canciones encontramos que el reto al adversario puede implicar también un reto a la muerte:

En el filo de una daga
se anda paseando la muerte;
anda, dile a tu marido
que a la noche vengo a verte,
pa ver si sale un maldito
que quiera rifar su suerte.

El deseo de aparecer como el hombre más valiente lo lleva a alardes de fanfarronería cuando se burla de la muerte que puede darle el rival:

Dicen que me han de matar
con una daga muy buena,
las heridas que me hagan
me las curo con arena.

Perder la vida no significa nada si con la muerte se defiende el amor:

Vale más morir peleando
que yo dejarte de amar,
que si él carga pistola
yo también cargo puñal.

Esta actitud de temeridad y desprecio a la muerte aparece en una de las canciones aceptadas más unánimemente como expresión del sentir popular:

Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies;
si me han de matar mañana
que me maten de una vez.

Dicen que por tus amores
un mal me van a seguir;
no le hace que sea del diablo
yo también me sé morir.

Pero no sólo se debe demostrar que no le importa la muerte; hay que enfrentarse a ella y probar que se es valiente:

Una sota y un caballo
burlarse querían de mí;
mal haya quien dijo miedo
si para morir nací.

Los personajes que aparecen en los corridos también reaccionan conforme al esquema mental del machismo y los versos subrayan una y otra vez que se trata de hombres que mueren demostrando que son valientes:

Aquí se acaba el corrido
de don Macario Romero,
que fue matado a traición
tan valiente guerrillero.

*

Año de mil ochocientos
ochenta y dos, muy presente,
murió Valentín Mancera,
murió el espada valiente.

Como no importa la muerte, como se destruye la vida sólo para señalar que se es valiente, es frecuente que esta ostentación de hombría lleve a un duelo en el que se muere matando:

Valente está agonizando
dándole cuenta al Creador,
alzó los brazos al cielo
y dio un balazo al mayor.

Gran parte de los corridos cantan la muerte de un hombre valiente, pero el valor se manifiesta con más plenitud cuando se refieren a un sentenciado que, ante el pelotón que lo va a fusilar, se enfrenta a la muerte y, al desafiarla, hace gala de su valentía:

Porque era hombre valiente
y de valor verdadero
deseaba mejor la muerte
que estar allí prisionero.

Ángeles puso un mensaje
al Congreso de la Unión:
"Que si he de ser fusilado
ya estoy en disposición".

Yo no soy de los cobardes
que le temen a la muerte,
la muerte no mata a nadie,
la matadora es la suerte.

El reloj marca las horas,
se acerca mi ejecución,
preparen muy bien sus armas
y apúntenme al corazón.

No se muestren tan cobardes
ni manifiesten tristeza,
que a los hombres como yo
no se les da en la cabeza.

Aquí está mi corazón
para que lo hagan pedazos
porque me sobra el valor
de recibir los balazos.

A pesar de que la muerte, por el misterio que encierra y el temor que despierta en el hombre, se presta a consideraciones de tipo religioso, éstas aparecen con poca frecuencia en la poesía popular mexicana y no corresponden a un sentimiento muy profundo; muchas veces funcionan como fórmula mágica o dentro de un ritual asimilado a la costumbre. La siguiente copla es representativa de esta actitud:

Ya me voy a despedir
 porque mi camino es largo,
 sólo les vengo a decir
 que me voy para el santuario
 y si me llego a morir
 me rezan un novenario.

El personaje de un corrido, mortalmente herido, dice:

Madre mía de Guadalupe
 de la villa de Jerez,
 dame licencia, señora,
 de levantarme otra vez.

Las consideraciones de tipo sentencioso que se refieren a la muerte tampoco son muy abundantes. En los corridos pueden aparecer como las últimas palabras del personaje que va a morir:

Amigo, no te señales
 por riqueza ni estatura,
 pues todos somos iguales:
 materia de sepultura.

o como comentario moralizante ante una tragedia:

Fijense ustedes, señores,
 lo que pasa con nosotros:
 se han matado dos valientes,
 la mujer quedó para otros.

En las canciones, algunas estrofas se inician con una consideración seria acerca de la muerte, pero cambia bruscamente de tono para expresar en forma festiva la poca importancia que se le da:

La muerte todo lo acaba
 y a mí me deja sin nada;
 si se muere mi mujer
 me caso con mi cuñada.

La actitud ante la muerte despiadada muestra con gran claridad el desprecio que se le tiene. Frente a ella encontramos una enorme crueldad, que se apoya en una destructividad muy intensa y en un desprecio profundo por la víctima; a esto se une el deseo de restarle importancia, pues se habla de la muerte en términos comunes, indiferentes, que no llevan consigo ningún rasgo emocional de tipo negativo.

El siguiente ejemplo corresponde a una canción:

Pude orientarme y la hallé
 en una noche de luna,
 saqué el puñal, la trinqué,
 la escupí, la degollé,
 ¡y nada más, por fortuna!

En el corrido de Rosita Álvarez se comenta su muerte en estos términos:

La noche que la mataron
 Rosita estaba de suerte,
 de tres tiros que le dieron
 nomás uno era de muerte.

La casa de doña Rosa
 estaba recién pintada,
 con la sangre de Rosita
 le dieron otra pasada.

El personaje de los corridos pertenece a un mundo poético en el cual el atributo supremo es la valentía y la persona más admirada es la que hace alardes de hombría, pues para probar que es valiente no le importa morir y ve a la muerte de frente, cara a cara. En el corrido mexicano se oponen muerte y valor en un desafío constante; el que llega a morir se transforma en héroe y, sin que importe el tipo de hombre que fue durante su vida, recibe el reconocimiento y la admiración de todos y sigue viviendo convertido en el personaje de un corrido.

En las canciones la actitud ante la muerte no se limita a desafiarla o a mostrarle que no se la teme, sino que se la convierte en un personaje, un personaje alegre semejante al que aparece en otras manifestaciones del folklore mexicano:

Al pasar por un panteón
 yo vide una calavera
 con su cigarro en la boca
 cantando "La petenera".

Por aquí pasó la muerte
 con su aguja y su dedal
 remendando sus nagüitas
 para el día de carnaval.

El hecho de transformar a la muerte en un sujeto cómico, de verla con familiaridad y divertirse con ella no queda ahí, sino que se llega

al grado de convertirla en amiga, y esta amistad hace que la valentía se acreciente aún más, se acentúe la sobreestimación personal y se goce de impunidad:

El mundo es una arenita,
el sol es otra chiquita,
y a mí me encuentran tomando
con la muerte en la cantina.

*

Si con puñal soy valiente,
con pistola no se diga;
algo les pasa a las balas
porque la muerte es mi amiga.

Si la relación con la muerte puede establecerse en este nivel, el hombre tiene derecho a cortejarla y requerir sus amores:

Viene la muerte luciendo
mil llamativos colores;
ven, dame un beso, paloma,
que ando huérfano de amores.

pero también puede tratar de dominar a la muerte sometiéndola de la misma manera en que acostumbra someter a la mujer:

Para mejorar mi vida
me enamoré de la muerte
y corrí con buena suerte
que la hice mi querida,
y ahora me siento muy fuerte
porque la tengo parida.

La posición constante de burla y desprecio a la muerte, según aparece en la poesía popular mexicana, haría pensar que el mexicano no teme a la muerte, la ve con indiferencia, la domina. La importancia que tiene dentro de la vida mexicana nos hace ver que la realidad es distinta: la obsesión por la muerte y la postura arrogante o festiva que se adopta ante ella tratan de ocultar, o de disminuir al menos, el terror que produce.

El culto a la muerte se encuentra enclavado dentro de un terrible problema vital: la vida no significa nada, no ofrece ni perspectivas ni soluciones, y de esta manera vivir y morir vienen a resultar lo mismo. Ante la intrascendencia de una vida sin sentido ni justificación, la muerte brinda un camino distinto, y por eso se canta:

Vuela, vuela, palomita,
vuela si sabes volar,
y anda avísale a mi madre
que me van a fusilar.

Así cantaba y decía
en Puebla Cirilo Arenas,
que a la muerte no temía
porque nos quita de penas.

La poesía popular mexicana encauza el tema de la muerte por dos vías distintas: el desprecio y la burla, pero ambas son caminos para ocultar el miedo; uno, que elige el corrido, conduce al heroísmo, el otro, preferido por la canción, lleva al humorismo macabro.

MARÍA DEL CARMEN GARZA DE KONIECKI

El Colegio de México